

DOMINGO XXXII – CICLO C

Dedicación de la Basílica de Letrán

Ez 47,1-2.8-9.12. *Vi agua que manaba del templo, y habrá vida allí donde llegue el torrente*

Sal 45 *Un río y sus canales alegran la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada*

1 Cor 3,9b-13.16-17 *Sois templo de Dios*

Jn 2,13-22 *Hablaba del templo de su cuerpo*

COMENTARIO A LAS LECTURAS

Este domingo celebramos la fiesta de la Dedicación de la Basílica de san Juan de Letrán. Esta bellísima Basílica es la catedral de Roma, y por tanto, *la madre de todas las iglesias*.

Celebrar la dedicación de un templo es siempre un motivo de alegría para todos los cristianos, pero la fiesta de hoy debe ser especialmente gozosa, al estar toda ella impregnada de una afirmación de nuestra comunión con toda la Iglesia universal y particularmente con la Iglesia de Roma que nos *preside en la caridad*.

1. El templo, lugar de encuentro con el Señor

Dice la Escritura que Dios no necesita de templos hechos por manos de los hombres (Cf. Is 66,1-2; Hch 7,46; 17,24), porque "*Dios es espíritu*" (Jn 4,24). Pero nosotros sí tenemos necesidad de templo y lugares sagrados que nos hagan visible de alguna manera la presencia y la misericordia de Dios con nosotros. Lugares donde podamos adorarle "*en Espíritu y Verdad*" (Jn 4,24s).

Así el Templo es el *lugar de una particular presencia de Dios*, el lugar donde podemos acudir para encontrarnos amistosamente con el Señor; es, tal como lo llamó Jesús "*Casa de Oración*" (Mt 21,13).

Jesús profesó el más profundo respeto al Templo de Jerusalén. Fue presentado en él por José y María cuarenta días después de su nacimiento. A la edad de doce años, decidió quedarse en el Templo para recordar a sus padres que se debía a los asuntos de su Padre... su ministerio público estuvo jalonado por sus peregrinaciones a Jerusalén con motivo de las grandes celebraciones judías... y llegó a indignarse porque el atrio exterior se había convertido en un

mercado. Los apóstoles, después de la resurrección del Señor, subían también al templo para la oración.

También los cristianos venimos al templo para la oración y para la celebración de los misterios del Señor y de los sacramentos, y hemos hecho de la casa de Dios nuestra propia casa: "*Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor contemplando su templo*" decía el salmista (27,4).

2. Jesús, el Templo Nuevo

Pero el misterio del Templo va mucho más allá de lo que representan estas cuatro paredes: *Jesucristo, nuestro Señor, es el Templo Nuevo.*

Al final del relato evangélico que hemos escuchado se nos decía que Jesús "*hablaba del templo de su cuerpo*" (Jn 2,21). Jesús ha inaugurado un tiempo nuevo en las relaciones del hombre con Dios. Jesús reemplaza al templo antiguo, y se presenta como el nuevo templo, el lugar del encuentro definitivo entre Dios y los hombres.

Es en Cristo, donde de verdad hemos conocido quién es Dios. Jesucristo es el templo vivo, consagrado con la presencia del Espíritu Santo. Es *Dios mismo viviendo en la carne*, como solían decir los santos padres. Sin Cristo no podemos acceder al Padre.

3. El cristiano, templo del Espíritu

Pero también nosotros, queridos hermanos, hemos sido constituidos en nuestro bautismo como templos del Espíritu Santo. "*¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?... El templo de Dios es santo: y ese templo sois vosotros*" Nos recordaba el apóstol en la segunda lectura. "*Hemos llegado a ser casa de Dios, ya que Dios se ha dignado hacer de nosotros una casa para sí*" (san Cesáreo de Arlés).

Reconozcamos, pues, la gracia que Dios nos ha hecho y conduzcámonos en nuestra vida con dignidad. "*Si queremos celebrar con alegría la dedicación del templo, no debemos destruir en nosotros, con nuestras malas obras, el templo vivo de Dios... Debemos disponer nuestras vidas del mismo modo como deseamos encontrar dispuesta la iglesia cuando venimos a ella. ¿Deseas encontrar limpia la basílica? Pues no peques. Si deseas que la basílica esté bien iluminada, Dios desea también que tú no estés en tinieblas*" (san Cesáreo de Arlés).

Si de verdad somos, todos y cada uno de nosotros, templo de Dios, debemos ser en medio del mundo un signo vivo y coherente de la presencia de Dios en medio de los hombres. Que brille de tal modo nuestra luz delante de los hombres, que al ver nuestras buenas obras, todos den gloria al Padre que está en los cielos (cf. Mt 5,16).

Esta es una de nuestras tareas que como cristianos debemos realizar en el mundo, y no podemos ni debemos renunciar a ella. Somos débiles, y no es fácil ser para los demás lugar de encuentro con el Señor, pero contamos con la ayuda y la fuerza del Espíritu que nos empuja cada día a dar testimonio con obras y de palabra del Señor que vive en medio de nosotros.

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

La Basílica de san Juan de Letrán es la catedral del papa y la cabeza de todas las iglesias del mundo. Esta fiesta nos llama a todos los católicos a unirnos en comunión de fe y amor con el sucesor de Pedro. Dialogamos con respeto y amor acerca de lo que el papa inspira en nuestra vidas.

El templo es Casa de oración: ¿respetamos nuestros templos? ¿los cuidamos con esmero y con amor, manteniendo la limpieza y el orden? Cristo es el verdadero templo de Dios, el lugar más genuino para encontrarnos con Dios. ¿como es mi relación con el Señor? ¿Cómo cuido mi piedad eucarística?. Nosotros también somos templos de Dios. Dios habita en nosotros por el Espíritu santo que se nos ha dado ¿Cuidamos el templo de nuestro cuerpo?

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
